

La Grecia antigua contra la violencia
de Jacqueline de Romilly. Ed. Gredos
Madrid, 2010, 153 pp.

MANUEL RAMÍREZ
Universidad Andrés Bello - Chile

Jacqueline de Romilly, filóloga y ensayista francesa, es ampliamente reconocida por su larga trayectoria en estudios y trabajos dedicados a la antigua Grecia. El largo índice de sus obras publicadas, y el reconocimiento del pueblo griego hacia ella, otorgándole la nacionalidad helénica, la convierten en una voz imprescindible y autorizada en estudios clásicos. A dos años de su muerte, traducida al español por Jordi Terré, bajo la publicación de la editorial Gredos, la obra: “La Grecia antigua contra la violencia”, propone no solo un interesante contraste con nuestra época, sino que además, un vivo llamado a recoger las lecciones que el pueblo griego sacó de sus propias experiencias con las diferentes formas de violencia. Sus originales fuentes, como lo son las obras de literatura y teatro, nos brindarán, en el curso de su lectura, una nuevísima perspectiva -más allá de donde el frío dato histórico pueda invitarnos- para ingresar directamente a la mentalidad del hombre griego clásico y tratar de comprender.

Preocupada de nuestra tiempo, Jacqueline de Romilly comenta, especifica y cataloga las diferentes formas de violencia presente en nuestros días, sin temor a comparar su intensidad con lo que se vivía en Grecia durante el siglo V. A.C, mostrando el desastre generado en el

enfrentamiento de ambos bandos; ni santifica ni se muestra en contra de ninguno. La autora busca más bien resaltar las diferencias contra las superioridades, e indica ahí donde nosotros hemos dejado en el olvido lo que para los griegos era fundamental: la condena. La reflexión griega sobre su propia violencia, resguardada y ligada en su literatura, muestra y critica la violencia, al mismo tiempo que propone sus valores e ideales alternativos; dos de ellos, centrales: la justicia y la benignidad.

Siempre mirando la literatura como fuente, se ocupará de una sus formas más originales, oriunda de la propia Grecia: la tragedia. La correspondencia entre violencia y tragedia es innegable, hasta inevitable. En ella se muestra el despliegue de la violencia, revelando su carácter belicoso hasta el extremo del horror, siempre presente en su argumento, y a diferencia de una posible literatura contemporánea, la tragedia enseña la desmesura, justamente para denunciarla y condenarla. Para esto, su ejemplo más significativo son los tres actos de la “Orestíada” de Esquilo. Una obra tejida para la lección, que presenta sus primeros dos actos, donde la violencia es el argumento central, pero, como ejemplo paradigmático, incluso para su propia época, el acto tres, representa la instauración de un tribunal de justicia presidido por la diosa Atenea, siendo ella la señal de lección y condena, de detenimiento y meditación. “Únicamente estas condiciones permitieron convertir el espectáculo de las peores violencias en esta gran protesta (...) confrontados con la existencia de la violencia y capaces de percibir sus horrores, ¡crearon un género literario apto para protestar contra ella de forma inolvidable!” (cap I, 60).

Siguiendo la huella a todas las pistas que tenemos para enterarnos sobre la violencia en Grecia, se da a conocer la relación que había con sus dioses y semidioses, mostrando como la génesis de aquellos esta entramada de batallas y conflictos. La fuerza que se impone por parte de ellos, sobre ellos mismos, tiene un fin y una significado: el justo arbitraje y la exclusión de la violencia. Esta característica de la religión griega, la relación angustiosa de mortales y divinos, y la ventaja que comporta en términos morales que la “autoridad divina tienda a imponer, en general, el bien, la justicia y el apaciguamiento” (cap II, 69) una vez más, pone en evidencia la diferencia con el mundo actual. En esta correspondencia entre mortales y divinos, se acentúa y se describen sus ventajas: Los dioses eximen de toda culpabilidad a los hombres por las acciones divinas de aquellos, que como mortales, son víctimas de su ignorancia y con ello, su más alta debilidad se convierte en fortaleza, reafirmando así los valores de solidaridad y perdón entre los seres humanos; la fragilidad inspirando indulgencia. Es aquí desde donde

arranca su tesis sobre el humanismo griego, tesis que quiere ser transmitida como precepto para el mundo de hoy.

Al hilo de esto, se enfrentan visiones claves en el texto, como lo son las violencias cotidianas (no guerras) en la Grecia antigua y la época contemporánea. Las guerras civiles, la política, los robos, los secuestros, las violencias sexuales, la piratería y la amargura constituyen puntos de comparación y de acción que dan cuenta de la diferencia que separa y distingue a ambos mundos. Grecia, en este sentido, vivía dichas actividades de forma muy distinta a nosotros, oponiéndole recursos que permiten una nueva comprensión de estas formas de la violencia: la pasión por la ciudad, los impulsos dionisiacos, el destino, la austeridad, el amor a la vida y el ideal de belleza, caracterizaban un tipo de resistencia a estos acontecimientos.

Los argumentos se reafirman, una vez más, desde la última objeción “¿podría suceder que la literatura griega, por su tendencia a expresarlo todo en términos de belleza, revele una indulgencia hacia la violencia que contradiría todos los análisis que hemos presentado aquí?” (cap IV, 123) La verdad es que la expresión artística griega siempre concedió belleza a sus composiciones, pero también es verdad que nunca dejó de resaltar las diferentes aristas de sus temas a través de sentencias, advertencias y reprobaciones bastante claras. Los griegos lucharon contra la violencia con el poder de la palabra y el arte, tal como podemos apreciar en muchos de sus mayores autores.

“Desde luego, no creo que la literatura sea el primer remedio contra la violencia, ni el más eficaz (...) pero, ¿Por qué privarse de la ayuda de la literatura, la ayuda de la educación, la ayuda de los textos, la ayuda de Grecia, cuando está ahí, reconfortante y luminosa, capaz de prestarnos auxilio y al alcance de nuestras manos” (cap III, 122)

“La Grecia antigua contra la violencia” cumple con informarnos de manera detallada a través de la literatura, acerca de la violencia en aquellos días y cómo era tratada por aquellos que la vivían en carne propia; es un libro, sobre todo, cargado de la seriedad del dato y el análisis literario, que resulta de mucha confianza para el lector que quiera adentrarse más en los estudios clásicos.